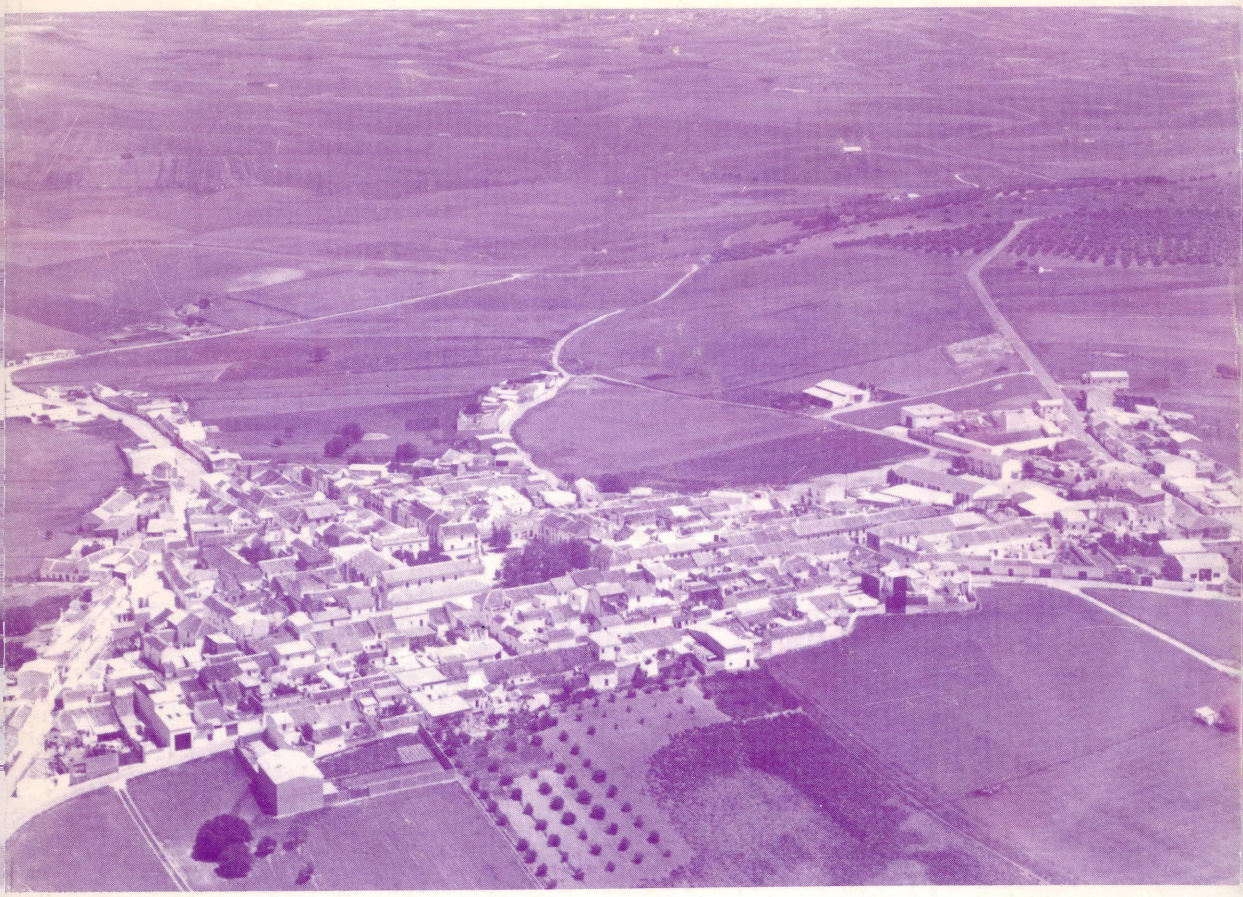
CRONICA DE CORDOBA Y SUS PUEBLOS II



AS)CIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE CORDOBA
Córdoba 1991

Manuel García Hurtado

CRONICA DE CORDOBA Y SUS PUEBLOS II

ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE CORDOBA
Córdoba 1991

Dep. Legal: CO-462/1989

Imprime: Adisur, S.A.
Pgno. Industrial, s/n.
Tfno. 671 422 Fax 670 016
Baena (Córdoba)

CRISTOBAL DE CASTRO CORRESPONSAL DE GUERRA

Angel AROCA LARA

Hace ya algún tiempo que, en nuestras reuniones anuales y por deferencia a los anfitriones de turno, vengo procurando que mis comunicaciones tengan por objeto algún tema de interés para la población que nos acoge. En esta ocasión y habida cuenta de que nuestro anfitrión es el diario *Córdoba,* he considerado oportuno ocuparme de un hombre que, pese a haber merecido de la crítica el calificativo de polígrafo por su versatilidad para abordar los distintos géneros literarios, fue esencialmente periodista; me refiero a Cristóbal de Castro Gutiérrez.

Aunque sus biógrafos coinciden en afirmar que dicho escritor nació en 1880, la investigación llevada a cabo por el profesor Luengo García ha puesto de manifiesto que la fecha exacta de su nacimiento fue el 22 de noviembre de 1874. En Iznájar, su pueblo natal, vivió Cristóbal de Castro los años de su infancia. En la última década del pasado siglo y tras un amago de cursar Derecho en Granada, llegó a Madrid ligero de equipaje: "con diecinueve años, siete duros y dos camisas", según recuerda el propio escritor en su libro *Vidas fértiles.*

En el abandono de su apenas iniciada carrera de abogado y en su arribada a la Corte, influyó, sin duda, la precaria situación económica de la familia, fruto de la prematura muerte de la madre, fallecida en el parto de la décima de sus hijos, y de la mala administración de su padre, un hombre misántropo, negligente y lleno de rarezas rayanas en la locura, que fue incapaz de preservar el patrimonio familiar.

Al parecer, una de las hermanas del escritor, María Tomasa, al casarse con el abogado Arturo Ortiz Gutiérrez, quien, con la ayuda de su tío Julio Burell, había conseguido un buen empleo en el Ministerio de la Gobernación, se erigió en soporte de la familia. Fueron ella y su marido quienes arrastraron a Cristóbal hasta Madrid para que estudiara Medicina.

No obstante, Castro tampoco llegó a hacerse médico. Juana y Francisca Ortiz, sobrinas del referido Arturo Ortiz, me contaron que la causa de que nuestro hombre abandonara de nuevo sus estudios fue la decepción que le produjo ver a un médico, que frecuentaba la casa de sus hermanos, padecer, impotente, los agudos dolores que le ocasionaba una úlcera estomacal. De ser

cierta esta anécdota, no cabe duda de que la misma no fue sino un pretexto de Cristóbal para eliminar los obstáculos que le impedían desarrollar plenamente su vocación literaria, pues el desligarse de la Facultad de Medicina le permitiría esmerarse en la redacción de los artículos que, desde su llegada a Madrid, venía mandando a los periódicos de la época, sin que éstos llegaran a publicarse.

De este modo, con las dificultades propias del que comienza, inició su carrera el escritor iznajeño en el ocaso de la centuria decimonónica. Cuando murió, el 30 de diciembre de 1953, dejó tras de sí una importantísima producción que abarca los campos de la narrativa, la poesía, el teatro, el ensayo, la actualización de nuestros clásicos, la traducción y adaptación de numerosas obras extranjeras y hasta la catalogación monumental. El inventario de sus obras publicado por Juan Luengo, pese a la condición de incompleto que le reconoce dicho investigador, nos revela a Cristóbal de Castro como uno de los escritores más fecundos de este siglo.

A ello hay que añadir su importante producción periodística, todavía sin cuantificar, que, sin duda, ha de ser muy superior a sus aportaciones en otros campos, pues, como quedó dicho, Castro fue sobre todo periodista. En los estantes de las hemerotecas y en las páginas amarillentas de infinidad de viejos números de *La Epoca, El Globo, La Correspondencia Española, El Liberal, El Heraldo de Madrid y ABC,* entre otros periódicos de la primera mitad de nuestro siglo, duermen miles de artículos y críticas teatrales salidas de la pluma de este olvidado escritor iznajeño, cuyo retrato pasa desapercibido en la sala íntima del Museo de Julio Romero de Torres, artista al que le unió una entrañable amistad; y cuyo nombramiento, como correspondiente en Madrid de la Real Academia de Córdoba, se pierde en el marasmo de las actas de esta Corporación a la que, a juzgar por la asiduidad con que sus biógrafos recogen dicho título, siempre tuvo a gala pertenecer.

Una vez hecha esta sucinta semblanza, nos ocupamos de la anécdota que ha dado pie a nuestra comunicación. Varias de las obras de Cristóbal de Castro se ocupan de Rusia o sitúan en ella la acción y, asimismo, son abundantes sus traducciones y adaptaciones de autores de este país. Dicho filoeslavismo no ha pasado desapercibido a la crítica que, por lo común, tiende a considerarlo fruto de un supuesto viaje a Rusia del escritor, como corresponsal de guerra de *La Correspondencia Española.*

En medios allegados al polígrafo iznajeño, siempre se supo que el referido viaje fue un engaño hábilmente planeado y llevado a cabo, sin el menor desliz, por un periodista sagaz y, por otra parte, familiarizado, dada su relación con la farándula, con el arte de conferir visos de realidad a la ficción. Todavía recuerdo el tono jocoso con que las hermanas Ortiz me hablaron de este asunto. Después, tuvo oportunidad de leer un jugosísimo artículo de Manuel Merino, publicado en el "Anecdotario pintoresco" de *ABC* con ocasión del séptimo aniversario del fallecimiento de Cristóbal de Castro, en el que, desaparecido el protagonista del

fraude, su antiguo compañero de redacción desvelaba que el pretendido viaje a Rusia de Castro no fue sino un montaje urdido por éste y Leopoldo Romero, director de *La Correspondencia Española.*

Los hechos ocurrieron en 1907, con ocasión de la contienda ruso-japonesa. Esta guerra, habida cuenta de la calidad de los litigantes, despertó gran interés en los medios de comunicación de todo el mundo. Mientras muchos rotativos extranjeros contaban con información de primera mano, la prensa española vivía pendiente de las noticias que llegaban a través de las agencias telegráficas *Havas* y *Fabra.* Así las cosas, cuando *La Correspondencia Española* dio la noticia de que enviaba a Rusia un corresponsal especial para informar ampliamente a sus lectores de la marcha de los acontecimientos y que, por añadidura, éste era un periodista del prestigio de Cristóbal de Castro, se produjo una gran expectación con el consiguiente aumento de tirada del periódico y los inevitables celos de la competencia.

El flamante reportero salió rumbo a Berlín y, a poco, llegaron a la redacción de su rotativo dos o tres brillantes crónicas, que colmaron el interés suscitado por su viaje. Según Manuel Merino, Cristóbal de Castro no pisó Rusia, sólo estuvo unos días en la frontera ruso-polaca, empapándose del giro de la contienda en aquella butaca de primera fila. Muy pronto, regresó sigilosamente a Madrid y se encerró en un piso que compartía con Rodrigo Soriano y otro amigo en el número seis de la calle Cedaceros. Desde aquí, con "buena imaginación, mejores principios, espíritu decidido, varios mapas y otros tantos libros", el periodista iznajeño pergeñó una serie de artículos, fechados en la Rusia de los zares que sólo conoció a distancia, de cuya veracidad nadie dudó, pues en ellos, el periodismo vivo y la perspicaz visión política del autor, venían aderezados con infinidad de detalles geográficos, extraordinariamente precisos, y no pocas consideraciones de orden castrense, extraídos de los mapas y libros que acompañaron a nuestro hombre en su clandestino encierro.

ASOC. PROV. CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES